



Universidad Nacional de Rosario

Facultad de Psicología

Trabajo Integrador Final

Título: El adulto mayor y el encuentro con el deseo en El malestar en la cultura actual.

Ensayo

Alumna: María Belén Galante

Legajo: G- 5926/9

DNI: 21.510.435

Docente Responsable: Mg. Ps. Cecilia Greca

Docente del espacio T.I.F.: Dra. Luisina Bourband

Rosario

Año: 2026

Agradecimientos

La escritura de este trabajo no representa solamente la finalización de un largo y apasionante camino académico, sino también el cierre de un recorrido de formación atravesado por preguntas, lecturas, encuentros y experiencias que han dejado huellas en mi manera de pensar y de escuchar. Fue un acto de experimentar, como aquello que es transversal a la subjetividad y que en la medida en que lo vivís, te deja posicionado en un otro lugar, un verdadero acto clínico.

Quiero agradecer profundamente a mis docentes, por su transmisión generosa, por su posicionamiento crítico, y por haber sostenido espacios donde la pregunta pudo tener lugar. A mis compañeros de camino, con quienes compartí y participaron en el enriquecimiento de este trayecto, por el aporte de todos y cada uno.

A los psicólogos que me alojaron.

A mi familia. En especial a mi compañero de vida y a mis hijas, también a la familia ampliada, por todo lo que sostuvieron en este proceso, por acompañar, y hacer posible que hoy esté acá.

A mis amistades, por interesarse en mis proyectos, por bancar mis ausencias, por estar ahí, alojando, por estar acá, siendo parte de lo que aloja.

A la práctica clínica, y a cada uno de los encuentros con los pacientes que permanentemente confrontan con los límites del saber y nos invitan a seguir interrogando.

Un especial agradecimiento a los pacientes y personal del hospital San José de Cañada de Gómez, donde transité durante siete maravillosos meses mi residencia. Un espacio público donde pude aprender en la escucha y desarrollar mi práctica profesional supervisada en psicooncología, en las salas de quimioterapia y en el consultorio. A cada uno de ellos que confió en mí, a sus familiares, a los que se sumaron a desnudar su sufrimiento sin saber que, en ese acto, yo me estaba transformando junto a ellos. Ellos hablaron del cáncer, pero también de los otros cánceres que conforman su narrativa sufriente, nutriendo mi supuesto saber con su saber no sabido. Infinitas Gracias.

Finalmente agradezco a las instituciones públicas que me recorrieron, a los encuentros que en ellas se hicieron posible, y sobre todo al deseo que lo sostuvo, recordando siempre que el saber no se construye en soledad, sino en el lazo con otros.

Índice

Resumen y Palabras Clave.....	3
1.Introducción.....	4
2. Desarrollo:	
2.1 El malestar en la cultura actual.....	6
2.1.1 El imaginario social en la vejez.....	6
2.1.2 La erótica y el adulto mayor como partícipe activo de la sexualidad.....	10
2.2 El aporte de leyes que toman el lugar de tercero de apelación.....	11
2.2.1 La convención Interamericana sobre la protección de los derechos humanos de las personas mayores.....	11
2.2.2 Ley N. 14231 de la Provincia de Santa Fe. Ley de Promoción y protección integral de los derechos de las personas mayores ...	12
2.3 Aportes del psicoanálisis y el deseo del analista para restablecer el vínculo entre la demanda y la pulsión, la palabra y el cuerpo.....	13
3. Reflexiones finales	16
4. Referencias bibliográficas.....	18

Resumen

Desde el discurso analítico se plantea pensar en la posibilidad del adulto mayor en su encuentro con el deseo y la construcción de un sentido de vida en los tiempos actuales.

Se propone una reflexión desde el psicoanálisis acerca de la subjetividad en la vejez dentro del contexto del malestar en la cultura actual. Se analizan las significaciones imaginarias sociales que tienden a marginar a los adultos mayores en sociedades atravesadas por ideales de productividad, juventud e inmediatez.

A partir de los aportes de Sigmund Freud, y de autores contemporáneos con perspectiva psicoanalítica, se examina cómo estas configuraciones culturales inciden en la posibilidad de sostener el deseo, el lazo social y la construcción de sentido de vida en esta etapa vital.

Asimismo se consideran los aportes del psicoanálisis y el lugar de la escucha analítica como vía para la historización, la resignificación subjetiva y la apertura a nuevos sentidos frente a la finitud.

Palabras Clave: viejismo - significaciones imaginarias sociales - psicoanálisis.

1- Introducción

“Lo que digo es que,
en algún momento, me distraje,
me caí del mundo,
y ahora no sé ni por donde se entra”
Eduardo Galeano

El presente ensayo es realizado dentro del marco del Trabajo Integrador Final de la carrera de Psicología de la Universidad Nacional de Rosario. Este escrito pretende reflexionar, desde una perspectiva psicoanalítica, acerca de qué implica hablar de la subjetividad de los adultos mayores en el marco actual. Analizar la posibilidad de lazo que implique promesa de futuro en el malestar en la cultura actual caracterizado por la inmediatez, el consumo, lo productivo y lo desechable. Reflexionar sobre la búsqueda del sentido de vida que compense las renunciaciones pulsionales, sabiendo de antemano acerca de lo inextinguible de la libido que nos recorre.

Teniendo en cuenta el contexto y a partir del núcleo del escrito *El malestar en la cultura* de Freud, surge la pregunta acerca de si es posible la construcción de sentidos de vida en contextos como los actuales, que tienden a marginar la vejez, privilegiando ideales de juventud y autosuficiencia.

Interesa indagar acerca de las significaciones imaginarias actuales sobre la vejez, especialmente en aquellas que refieren a la posibilidad de seguir deseando, de sostener un proyecto que integre la propia subjetividad, y del encuentro con un lazo social que no excluya.

Así, resulta atinado, dado el lugar que le he dado en mi trabajo, comenzar por buscar en el texto mencionado con anterioridad, a qué hace alusión Freud cuando habla del malestar en la cultura, haciendo especial énfasis en el enmarcamiento de dicho malestar en la vejez, siendo este último punto un desarrollo que escapa a la letra freudiana.

En el texto *El malestar en la cultura* publicado en el año 1930, el autor reflexiona sobre las tensiones inherentes a las exigencias de la vida con los otros, a la entrada en la cultura. Hay algo del sujeto que se aliena en la cultura y hay otra parte que sigue pujando hacia lo nuevo, lo creativo. Eso que se coarta por un lado, y que sigue pujando, por otro, es el orden pulsional. Nos encontramos con que las pulsiones originarias deben ser abandonadas, y esta

renuncia no es de buena gana. Esas mociones pulsionales que deben de ser reprimidas, devienen en cierto malestar y el ser humano lo tolera justamente en tanto se convierte en el precio a pagar para vivir en sociedad.

Freud nos habla en ese escrito que existen técnicas para la defensa contra el sufrimiento y refiriéndose a la sublimación, menciona cómo el ser humano desvía la energía pulsional hacia actividades valoradas, “desplazamientos libidinales que nuestro aparato anímico consiente, y por los cuales su función gana tanto en flexibilidad” (2020/1930 p. 79). Seguidamente dirá que “la sublimación de las pulsiones es un rasgo particularmente destacado del desarrollo cultural; posibilita que actividades psíquicas superiores - científicas, artísticas, ideológicas- desempeñen un papel tan sustantivo en la vida cultural” (2020/1930 p. 95)

En Tótem y Tabú se plantea que la neurosis deriva de su tendencia más originaria a huir ante una realidad insatisfactoria hacia un mundo fantástico, en el cual el placer es mayor. Nos aclara que en este mundo real que el neurótico evita, impera la sociedad de los hombres y las instituciones que ellos han producido colectivamente; y que apartarse de la realidad es al mismo tiempo salirse de la comunidad humana. Esto es lo mismo que decir que para el ser humano no hay realidad fuera de aquella que tenga que ver con la sociedad y sus instituciones (Freud, 2020/1937).

Pero ¿qué pasa cuando estos deseos reprimidos no pueden ser sublimados, ni complacidos porque la cultura no da lugar? La relación represión de pulsiones libidinales y sentido de vida se enfrenta a duelos y pérdidas. En la vejez estrictamente se evidencia que la posibilidad de llevar adelante la satisfacción pulsional así como el ser escuchados, se ven muchas veces obstaculizados por una cultura que inherentemente exige una renuncia pero a esto se le agrega el hecho de que se prioriza la juventud, y lo productivo.

El problema, tanto en los tiempos de Sigmund Freud como en el aquí y ahora, es psíquico pero por sobre todo político.

2 Desarrollo

2.1 El malestar en la cultura actual

2.1.1 El imaginario social en la vejez

En la actualidad, el problema no es la renuncia pulsional sino la frustración y la impotencia a consecuencia de la aplicación de políticas neoliberales que nos llevan constantemente a la comparación, a la competencia y al desecho, despojando al adulto mayor de su capacidad de producir y de habitar una posición activa en el lazo social. De esta manera, dicha población queda en los bordes y en la marginalidad de las sociedades y las instituciones que las conforman.

En este punto, las mociones pulsionales recortadas por el viejo no encuentran su correlato en las significaciones imaginarias sociales que hay en torno a las posibilidades de la vejez, y esto siempre tiene un entorno político, de lo que implica a la res publica, de lo que nos debería competer a todos.

¿Por qué habiendo restringido ya la sexualidad a un modelo acotado, la cultura va a pedir cada vez más renunciadas, sin igual quantum de posibilidad de pertenencia? Esto tiene, irremediabilmente, su impacto en el cuerpo y en el psiquismo de quien se encuentra en la encerrona trágica de ser parte de una etapa de la vida que es la vejez.

Ulloa es quien define a la encerrona trágica como una situación de dos lugares sin tercero de apelación, tercero que encarne la ley, sólo la víctima y el victimario. Agrega que “lo que predomina en la encerrona trágica no es la angustia, con todo lo terrible que esta puede llegar a ser; predomina algo más terrible aún que la angustia: el dolor psíquico, aquel que no tiene salida, ninguna luz al final del túnel” (1999, p. 1). La angustia oscila entre puntos culminantes y momentos de alivio; en cambio, el dolor psíquico se mantiene constante en el tiempo. La salida parece identificarse con la muerte, la crueldad siempre aparece estrechamente vinculada a la muerte, ya sea porque este es su desenlace o porque la muerte ya está instalada en el mismo sujeto de la crueldad (Ulloa, 1999).

El viejo, se siente desorientado, como en una encerrona, ante la posibilidad de perder el lazo social y afectivo que implica pertenecer y ser parte de una sociedad.

Para explicar lo que considero que es una de las causas del corte en el lazo, quisiera rescatar la noción de significaciones imaginarias sociales de Cornelius Castoriadis en el texto El imaginario social instituyente. Allí el autor se refiere a ellas planteando que “crean un mundo propio para la sociedad considerada, son en realidad ese mundo: conforman la psique

de los individuos. Crean así una representación del mundo, incluida la sociedad misma y su lugar en ese mundo” (1997, p. 9). Así, el imaginario surge como algo individual, pero se vuelve social en tanto pasa a ser compartido y aceptado por la sociedad.

Leopoldo Salvarezza, médico, psicoanalista y psiquiatra especializado en psico-gerontología, nos adentra en las significaciones imaginarias que sobre la vejez se tienen en la sociedad, y nos dice que hay “una sorprendente actitud que se denomina viejismo y que consiste en su discriminación y consistente segregación” (1988, p.1). Esta actitud se deriva de prejuicios que se construyen por la ignorancia social de lo que implica la vejez y lo que se puede esperar de esa etapa de la vida.

La vejez es un tema que implica un conflicto, no solo para quien lo está atravesando sino también para los familiares y todos aquellos que, desde sus roles profesionales, se enfrentan diariamente con la realidad del adulto mayor en su vínculo con la sociedad. Cada una de estas partes viene determinada por una historia personal que habrá sedimentado fantasías y pensamientos acerca de este tema y esto implica distintos mecanismos de defensas que se adoptarán para atravesarla y para acompañar, o convivir. La ideología personal sobre este tema será inconsciente y se la podrá pesquisar en cómo se vinculan con las personas que están atravesando la vejez.

En la literatura geriátrica existen dos posturas y ambas se contraponen. En la primera, llamada “teoría del desapego” se supone que el sujeto que envejece se va a desarraigando gradualmente de lo que implique lo social. Según esta teoría este es un proceso normal, deseado y buscado por el viejo y acompañado por el declinar de lo somático. Es importante remarcar que desde esta perspectiva se cree que este es un proceso universal para cualquier cultura y tiempo histórico, se presenta como algo inevitable, porque está sostenido en procesos psicológicos intrínsecos al ser humano. En este punto, nuestra tarea como profesionales estaría orientada a inducir el apartamiento progresivo, como paso de preparación necesaria para el final de la etapa vital.

Las críticas a esta teoría son muchas y vienen de diversos campos. El medio sociocultural en el que se gestó fueron los Estados Unidos, cuyas ideologías y políticas aplicadas desde hace muchísimo tiempo tienen que ver con modalidades individualistas, neoliberales y de clara inducción a la competencia y al darwinismo social.

La gran pregunta en este punto sería ¿cómo sujetos sociales integrados en la cultura devienen según esta teoría naturalmente en individuos aislados? El sujeto aislado es un problema y no un ideal. Lo que se supone intrínseco no lo es, sino que tenemos que tratar de entender la dialéctica del ser humano con el medio sin dejar de lado lo epocal.

El autor nos presenta una segunda teoría, denominada “teoría del apego”. Aquí de lo que se trata es de sostener el apego del viejo a sus objetos y a sus funciones la mayor cantidad de tiempo posible, y, en todo caso, tratar de encontrar sustitutos derivativos, nuevos sentidos, acompañar en la posibilidad de seguir teniendo roles sociales y en resignificar la presencia reiterada de duelos, cualesquiera sean ellos.

Las culturas tienen un vasto cúmulo de prejuicios sobre la vejez, inconscientes, muchas de las veces, pero otras veces conscientes y activos. El viejismo, el prejuicio de un grupo contra otro, se aplica principalmente al prejuicio de la gente joven hacia la gente vieja. Subyace en el viejismo, el espantoso miedo y pavor de envejecer y, por lo tanto, el deseo de distanciarnos de las personas mayores que constituyen un retrato posible de nosotros mismos en el futuro.

Cuando el imaginario social se ubica en la falta de perspectiva futura para el viejo, solo queda el refugio en el pasado: esa juventud idealizada y promovida por todos los medios de comunicación masivos.

Salvarezza nos hace pensar que el viejismo tiene que ver con una conducta social de diversas dimensiones (históricas, culturales, sociales, psicológicas e ideológicas), que es usada para desvalorizar, en forma consciente o inconsciente, el estatus social de las personas viejas, y que se conforma por todos aquellos prejuicios, estereotipos y discriminaciones con las que se refieren a los viejos, simplemente por haber alcanzado una determinada edad.

Esos convencionalismos que conforman el imaginario social son adquiridos desde la más temprana infancia. Entre los más comunes se encuentra la equiparación del término vejez a la discapacidad y la enfermedad, lo cual entraña un enorme riesgo, porque pasa a comportarse como una profecía que termina por instalarse en los propios viejos, dejando marcas en su subjetividad (Salvarezza, 1988).

A raíz de esta comparación, resulta conveniente introducir el concepto de salud mental y poder pensar que es mejor medir la salud de los viejos en términos de función. La Ley Nacional de Salud Mental N° 26.657 define a la salud mental como un “proceso determinado por componentes históricos, socioeconómicos, culturales, biológicos, y psicológicos cuya preservación y mejoramiento implica una dinámica de construcción social vinculada a la concepción de los derechos humanos de toda persona” (2010, p. 1).

Desde esta perspectiva, se la comprende no como un estado estático, sino como una producción social ligada a la garantía y ejercicio efectivo de los derechos humanos. En consecuencia es condición sine qua non, que un Estado diseñe e implemente políticas

públicas integrales que reconozcan dicha complejidad y promuevan activamente la producción de salud mental

La ausencia o insuficiencia de estas políticas, habilita a pensar, en consonancia con los desarrollos de Mónica Laszewicki (2010), una pérdida en acto de capacidad libidinal y del deseo erótico. Tal planteo permite visibilizar procesos de desclasamiento que afectan a los adultos mayores en el marco de un orden social atravesado por formas de violencia simbólica, que tienden a situar esta etapa de la vida en posiciones de marginalidad. En este marco, la invisibilización da lugar al síntoma somático como formación de compromiso, donde el cuerpo se constituye en soporte de aquello que no logra simbolizar, dando lugar a una demanda que no encuentra reconocimiento en el Otro.

Simone de Beauvoir (2013), filósofa francesa, escribe en el año 1970 su obra *La vejez*, que va de la mano con lo situado por Laszewicki, refiriéndose a que la vejez es lo que pasa en el cuerpo de quien envejece y cómo eso es o no asumido. El ensayo denuncia cómo las clases sociales se pueden ver en el envejecimiento. Habla sobre los jubilados, trabajadores, como convertidos en trastos viejos o en desechos por la sistemática destrucción que han padecido durante toda su vida y que ya nada podrá devolverles lo que les ha sido sustraído. La obra pone en evidencia cómo el desamparo se vuelve persecutorio cuando cesan las actividades, porque la cultura actual reconoce solo a quienes producen. De lo antedicho parece que nada ha cambiado en nuestra actualidad.

“Para que la vejez no sea una parodia ridícula de nuestra existencia anterior, no hay más que una solución, y es seguir persiguiendo fines que den un sentido a nuestra vida” (Beauvoir, 2013, p. 667). Lo deseable, según esta autora, es conservar a una edad avanzada pasiones lo bastante fuertes para evitar volvernos sobre nosotros mismos. “La vida conserva valor mientras se acuerda valor a la de los otros, a través del amor, la amistad, la indignación, la compasión” (Beauvoir, 2013, p. 667).

2.1.2 La erótica y el adulto mayor como partícipe activo de la sexualidad

Si tenemos en cuenta lo precedente, y lo dicho sobre lo deseable en la vejez de conservar las pasiones, interesa rescatar la perspectiva de Ricardo Iacub, quien en su seminario Erotismo y vejez plantea que es imprescindible hablar de la erótica en los adultos mayores. Nos relata un cambio cultural donde los viejos son sujetos que conciben la posibilidad de seguir gozando del erotismo. Ubica el efecto aliviador de ciertos discursos que rompen con lo hegemónico y que dejan entrever que ciertas cosas tienen un registro o noción de continuidad que nos permite una vida más inclusiva, dando lugar a que por la edad no dejemos de hacer cosas, si el deseo lo aclama. Para el autor, el erotismo es la reivindicación del deseo en los adultos mayores. No se trata de prolongar la existencia en detrimento del goce y de riesgos por tomar. Lo importante es cómo vivimos, es la vida que le imprimimos a los años.

Iacub prefiere hablar de erótica y no de sexualidad porque en los discursos dominantes, la sexualidad supone riesgos y peligros, por eso se habla de los cuidados y muy poco del disfrute y del placer. Estos últimos nos hablan más del erotismo. Piensa la erótica como el procesamiento cultural del sexo, o sea lo que es y no es posible en la cultura. El erotismo en la sociedad actual tiene que ver con lo sensual y lo estético. Esto no es menor si hablamos de los viejos, porque nuestra clasificación de lo estético en la cultura actual, tiene que ver con que no se parezca a lo viejo. Iacub ve en esto un punto de dificultad porque, comparado con los modelos establecidos, el viejo no se ve bello por ser lo negativo de lo estético, y esto no se reduce a los viejos, sino que atañe a todas las diversidades que se distancian de lo hegemónico. Según sean más o menos viejos aparecen más o menos sexuados.

El autor plantea cómo, en el transcurso de la historia, se acopló el concepto de sexualidad a la genitalidad por las vías de la reproducción. Ya en Tres ensayos sobre teoría sexual publicado en 1905, Sigmund Freud rompe con la idea de que sexualidad y genitalidad sean lo mismo. Propone que la sexualidad es mucho más amplia, empieza desde la infancia, y que la genitalidad es sólo una etapa posterior organizada. La sexualidad es concebida como una organización pulsional originaria, parcial y polimorfa, mientras que la genitalidad constituye una forma de organización tardía que se instaura con el primado genital en la pubertad.

Iacub, parte de esa teoría para visibilizar, cómo a partir de esta unión perdimos la imbricación de goces, que en la vejez tiene características muy peculiares. En la vida estamos marcados por una multiplicidad de goces que se juegan concatenadamente y que tienen que ver con el goce de los sentidos; piel, vista, tacto, y aun así, nos convertimos en seres centrados en la genitalidad. Se olvida que hay un goce mayor, que es el del relato, y este es sostén de todo tipo de goces, incluidos los masturbatorios.

De lo que se trata, entonces, es de deconstruir narrativas, discursos de miradas denostativas de los viejos, verdades normalizadoras que pregnan de sinsabor a la posibilidad de la erótica en la vejez. La tragedia de una vejez sin deseo.

El autor nos recuerda que la cultura actual no puede quitar el derecho a gozar al sujeto por una disposición social que piensa que no sería agradable, bello o cualquiera de las significaciones imaginarias sociales que se plantearon con anterioridad. La edad nunca es un justificativo para destituir a un sujeto de su deseo, ya que, desde el psicoanálisis, tal acto llevaría a la abolición del sujeto como tal.

La mirada del autor posibilita reflexionar sobre la importancia de descentralizar la genitalidad y centrar los sentidos y el relato, para que en la vejez y en la erótica, cualquier objeto devenga metáfora, y que un significante nos lleve a otro significante, armándose así una cadena de significaciones menos sufrientes para la vejez.

2.2 El aporte de leyes que toman el lugar de tercero de apelación

2.2.1 La convención Interamericana sobre la protección de los derechos humanos de las personas mayores

Para que el deseo sea admisible, la palabra debe ser posible, una palabra que habilite pero también una que legitime y que haga viable la promesa de futuro. En el inicio de este ensayo se menciona el término encerrona trágica de Fernando Ulloa para referir al desamparo en el que quedan los viejos al no aplicarse políticas que contemplen los derechos de quienes están atravesando esta etapa. El concepto de encerrona trágica destaca un elemento indispensable, el lugar del tercero de apelación. Es necesario, en este punto, remarcar la importancia de formar parte, como país miembro, de la Convención Interamericana sobre la Protección de los Derechos Humanos de las Personas Mayores.

Según esta Convención, los países se comprometen a atender los asuntos que involucran a personas mayores, a trabajar juntos para hacer valer sus derechos y libertades, y protegerlos. También el compromiso se extiende a crear leyes y desarrollar acciones para prevenir el

abuso, el abandono y otras formas de violencia contra las personas mayores. La Convención es un pacto que se sostiene en los conceptos de independencia, autonomía e integración para asegurar la dignidad de los que están en la etapa de envejecimiento.

Para la Convención, una persona mayor es la que tiene 60 años o más, salvo que la ley de cada país determine una edad diferente. No obstante, la Convención establece que la edad base a partir de la cual una persona debe ser considerada mayor no puede ser superior a los 65 años.

Los principios de la misma son la promoción y defensa de los derechos humanos y libertades fundamentales de la persona mayor. quienes tienen derecho a una protección integral que garantice su bienestar. Esto incluye el acceso a una justicia efectiva ante situaciones de vulneración de derechos y el compromiso del Estado en asegurar sus derechos e implementar políticas que aseguren su calidad de vida. A su vez induce a la participación activa de la familia y la comunidad en su cuidado y acompañamiento

Las personas que envejecen requieren lugares donde desarrollar sus proyectos, y formar parte de un espacio común: ámbitos de pertenencia, identitarios y alojadores, favoreciendo la autonomía, la dignidad y la integración.

Las políticas actuales de precarización de la vejez, y el hecho de pensarla como un gasto improductivo, atenta contra su honra y su amor propio y pone en riesgo los lazos filiatorios intergeneracionales, planteando un panorama donde envejecer se traduce en una realidad de pobreza económica y de soledades a la espera del deceso.

Esta Convención, y su ratificación por medio de la Ley 27.360, viene a funcionar a modo del tercero de apelación en la encerrona trágica, ya que los defiende y les da herramientas para apartarlos de la reclusión a la que se los pretende destinar en un contexto de rotura de lazos sociales propio de épocas como las actuales.

2.2.2 Ley N. 14231 de la Provincia de Santa Fe. Ley de Promoción y protección integral de los derechos de las personas mayores.

En el plano normativo, y en concordancia con la Ley nacional 27360 y con la Constitución Nacional, la provincia de Santa Fe cuenta con esta ley orientada a la promoción y protección integral de los derechos de las personas mayores. Dicha normativa reconoce a este grupo como sujeto de derecho y establece la responsabilidad del Estado de garantizar condiciones de vida dignas, acceso a la salud y participación social.

Me surge cuestionar si el hecho de que exista una ley implica que los derechos se cumplan. En mi opinión, en la Argentina actual, la situación de los viejos evidencia los

efectos de un orden social que tiende a la exclusión. Los haberes jubilatorios paupérrimos, las limitaciones en la cobertura de salud y las dificultades para sostener condiciones dignas de vida configuran un escenario donde el desamparo adquiere una dimensión social. Las movilizaciones de los días miércoles dan cuenta de un intento de inscripción en el lazo social por parte de quienes reclaman lo que por derecho les corresponde. Sin embargo los episodios de agresión ponen en evidencia la fragilidad de las instituciones y la persistencia de prácticas de segregación.

2.3 Aportes del psicoanálisis y el deseo del analista para restablecer el vínculo entre la demanda y la pulsión, la palabra y el cuerpo

En correspondencia con lo referido al concepto de encerrona, y al malestar en la cultura actual comentado en el apartado precedente, parece pertinente retomar lo que Silvia Bleichmar (2002) plantea en su artículo Las formas de la realidad. Allí la autora está planteando que la realidad externa no es algo pasivo, sino que empuja a pensar. Es decir, el psiquismo no se desarrolla solo desde adentro, sino en relación con lo que viene de afuera. De la relación con el Otro, el sujeto puede construir representaciones, significados sobre lo que pasa. Ahora bien, cuando algo de la realidad no logra ser simbolizado por excesivo, por confuso, aparece lo traumático, ahí donde el sentido de lo que acontece no alcance a formarse. la autora plantea que la realidad externa no es algo pasivo, sino que empuja a pensar. Es decir el psiquismo no se desarrolla solo desde adentro, sino en relación con lo que viene de afuera. En su relación con el Otro surge la posibilidad de que el sujeto construya representaciones. Ahora bien, cuando algo de la realidad no logra ser simbolizado, porque es excesivo, confuso, aparece lo traumático, ahí justo donde el sentido no puede alcanzarse. Estas formas de realidad, tan desarraigantes, resultan devastadoras de la subjetividad, y ante la imposibilidad de simbolizar, al sujeto lo recorren sensaciones de inermidad, haciéndolo percibirse incapaz de protegerse del derrumbe de su propio psiquismo y de lo inviable de construir un futuro sobre un presente desorganizante.

En este apartado y como efecto de lo desarrollado con anterioridad, interpela pensar cuáles pueden ser los aportes del psicoanálisis y la importancia de la figura del analista para restablecer el vínculo con el deseo propio.

El texto El Psicoanálisis con Adultos Mayores: subjetividad, relato y vejez, es un trabajo de investigación escrito por el psicólogo uruguayo, Abel Fernandez Ferman (2007), que invita a preguntarnos por la incidencia de las representaciones que hoy se tienen sobre la

vejez en la sociedad, pero también y sobre todo las significaciones imaginarias en los psicoanalistas y sus discursos. Abre la posibilidad de construir nuevos sentidos de vida que tengan que ver con el deseo, en una realidad que resulta tan ajena, e impredecible

Explica que es posible registrar el padecimiento que sufre el adulto mayor en estos contextos que lo marginan y que conlleva al recorte de lazos intergeneracionales y la pérdida de lo filiatorio. El autor nos habla de una sociedad que tiene un rechazo descarnado por lo viejo y un culto por los joven y bello que no dejan de insistir.

En la evocación que hace el autor del cuento El Abuelo y el Nieto de los Hermanos Grimm, nos revela la posibilidad de representarnos nuestra propia vejez en la vejez del otro, acto crítico en el que algo se trastoca y nos habilita a un cambio de postura que tiene que ver con la empatía, el miramiento y la ternura.

Estos últimos son conceptos trabajados por Ulloa, en Sociedad y Crueldad (1999), quien habla sobre la ternura como institución, como estructura ética, que funciona como un suministro esencial para el sujeto, evitando así el desamparo. Esa ternura implica, para quien la posee, estar dotado de miramiento y empatía. Define la empatía como lo “que garantiza lo necesario” y el miramiento como “mirar con considerado interés, con afecto amoroso”(Ulloa 1999, p. 2)

Ferman encuentra en el psicoanálisis, en la figura del analista, un recurso de mediación, como un tercero de apelación para posibilitar la salida de la encerrona, y cambiar el curso de los acontecimientos. Nos induce a propiciar, en el proceso analítico, la posibilidad de la rememoración y el reencuentro con aspectos valorados de sí mismo, abriendo la posibilidad a la reparación, el duelo y la resignificación de lo que no fue posible. Nos lleva a pensar esta rememoración como forma de conectarse con uno mismo, de reconocerse en el encuentro transferencial y de ubicarse desde un lugar más amoroso ante esta etapa vital.

Piensa el psicoanálisis como lugar de recuperación de raíces, de una posible reconstrucción de la propia historia que habilite la reconciliación con su propio deseo, y en este reencuentro, la transmisión inconsciente de una a otra generación, donde el viejo tome el lugar de portavoz y done su legado para que nuevas voces sean posibles. Sabiendo lo significativo de la historización, resulta valioso sostener la importancia de lo pasado y rescatarlo a partir de una reconstrucción.

Nuestra tarea como analistas será, siguiendo la letra del autor, poder pesquisar cómo el malestar social afecta a los viejos promoviendo muchas veces la emergencia de patologías, y cómo las actuales formas de gobierno crean un malestar en la sociedad que amenaza con desarmar la subjetividad de quien envejece, porque quedan expulsados de sus marcos

referenciales o los mismos son tildados de caducos por los sectores dominantes de la sociedad. Para muchos, la vejez es algo que acontece al otro y donde aparece un mecanismo defensivo de negación en reconocernos como los viejos que seremos (Ferman, 2007).

Ferman apuesta por pensar el psicoanálisis en la vejez, haciendo hincapié en alojar a un sujeto que se encuentra batallando por mantener vivo sus deseos en un entorno que, por momentos, intenta desconfirmarlo. Concluye en que el espacio que se arme entre analista y analizante se constituirá en un lugar que habilite el deseo y que anude la experiencia a la palabra para abrir a una posibilidad de cambio y mitigar el sufrimiento ante el paso y el peso de la vida en estas condiciones.

El psicoanálisis va a contrapelo del discurso de la ciencia y enunciados hegemónicos que instan a resistir contra las pérdidas por la edad e instalan un ideal que promete calidad de vida eterna, dejando al viejo en la encerrona trágica de una ilusión que no comparece con la singularidad de sus vidas.

Desde la práctica psicoanalítica, se trataría de la escucha y la rememoración (Fernández, 1994) que habilite a la propia historia (con sus aspectos reprimidos y escindidos) y reconcilie al sujeto con la legitimidad del deseo propio en un cuerpo débil y mortal, como el de todos, en el marco de la responsabilidad que cada uno tiene respecto a sus acciones (Ferman, 2007, p. 83).

Otra de las profesionales que apuestan al análisis en el adulto mayor, es Silvia García, quien plantea que el envejecimiento puede propiciar un incremento de la interioridad, acompañado del desmantelamiento de las falsas coartadas que sostenían la vida, y de una resignificación de la experiencia. Este proceso no sólo es posible, sino también deseable.

Frente al prejuicio que asocia al adulto mayor con enfermedad, dificultad y deterioro estético, la autora entiende que el psicoanálisis no trabaja con estereotipos y se ocupa de cómo proceder frente al discurso singular de cada sujeto, aquel que muchas veces intenta velar su padecimiento.

Se pregunta de qué sujeto se habla en el psicoanálisis, cuando se habla de un viejo, y niega que se hable del sujeto del viejismo, que en su condición visto por la cultura, casi ni es individuo. El psicoanálisis habla de un viejo que cuenta con la posibilidad del discurso analítico y en consecuencia de ser pasible de ser un sujeto de análisis, un sujeto escindido.

En la clínica se trata de alojar la angustia, la que no engaña, la que es señal, la que requiere la máxima atención porque está ligada a lo más íntimo, a lo que constituye al sujeto como deseante en relación con el Otro.

“Hace falta la palabra que permita que el deseo se encarne, aún, y ponga al sujeto en movimiento aunque la nada aceche...porque en definitiva la nada siempre acechó y sin embargo la vida pudo ser vivida” (Garcia, 2021, p.36) Así, propone a la clínica psicoanalítica como un espacio para el encuentro con el sin sentido, porque ningún sujeto más allá de su realidad dejará de reconocer que no tuvo todo lo que quiso, ni alcanzó todos sus ideales. Poder aceptar la castración, cuestionarla, resignificar, puede llegar a ser una manera nueva de vivir.

Se apunta en el análisis a que, al enfrentar la estructura de su deseo, pueda aceptar lo perdido, elaborar, y así, hacer menos sufriente el relato porque la vida no se hace esperar.

3. Reflexiones Finales

Este ensayo es una invitación personal a reflexionar “cuándo”, como diría Galeano, el viejo “se cayó del mundo”, y cuál es la manera más amorosa y contemplativa de encontrar el camino que le permita retornar a él con dignidad.

El gesto que le dio inicio al trabajo implicó ubicar el malestar en la cultura actual del adulto mayor, el cual tiene un impacto en su subjetividad; se encontró en las significaciones imaginarias y las políticas de estado, las causales más relevantes que lo dejan al borde de la encerrona. En este punto frente al abismo, se hizo referencia al tercero de apelación, donde nos encontramos con ciertas leyes por un lado y el psicoanálisis por otro, como discursos que ofician de puentes entre el viejo y el mundo para que pueda “subirse” y armar lazo nuevamente.

En un contexto donde, el viejo, no solo es pasible de sufrimiento físico sino también de sufrimiento psíquico, soledad, y fecha de vencimiento para ser parte, el respeto y la indignación hacia la humillación del otro, permiten salir del desamparo en el que hoy existe la vejez.

Ubico en el psicoanálisis un lugar de encuentro, en donde, pueda surgir la palabra como cómplice y aliada del sujeto. Un acompañamiento amoroso en la búsqueda de palabras y acciones que permitan conectar con “lo otro”, como un llamado al encuentro con el propio

deseo, y con la construcción de nuevos sentidos sabiendo de antemano de la inextinguibilidad de la libido.

El Código de Ética de la Federación de Psicólogos de la República Argentina que regula la actividad de los profesionales psicólogos, propicia un ejercicio basado en los derechos humanos de los sujetos y de la sociedad en la que están inmersos. En consonancia con esto, considero importante la tarea de buscar desterrar los prejuicios y la resistencia que aún existen hacia los viejos en todos los niveles de la sociedad y sus instituciones. Se vuelve necesario visibilizar las injusticias, las faltas de oportunidades desde todas las perspectivas sobre todo lo económico, y acompañar en su lucha desde cualquier arista que nos sea posible. Lo dicho es una obligación moral y ética, considerando que es en el discurso donde se producen y se reproducen las significaciones que organizan el lazo social.

Se trata de intervenir sobre los significantes que sostienen el imaginario colectivo, particularmente aquellos que fijan al sujeto en posiciones de desvalorización, promoviendo una lectura que restituya la dimensión del sujeto como efecto del lenguaje, más allá de identificaciones que lo homogeneizan o segregan. El psicoanálisis introduce una ética que reconoce la singularidad y la diferencia estructural pero que al mismo tiempo sostiene la dignidad del sujeto en tanto hablante y deseante, inscripto en el campo del Otro y por ello, portador de derechos.

De este modo, la urgencia no radica sólo en la transformación de las representaciones sociales, sino en la posibilidad de alojar, en la cultura, lugares donde el sujeto - también en la vejez- no quede reducido a un resto, sino que pueda sostener su palabra y su deseo. De lo contrario, el malestar en la cultura, tal como lo formulara Sigmund Freud, se intensifica en formas de sufrimiento psíquico que afectan de manera singular a quienes quedan más expuestos a los efectos de segregación del discurso social.

Se entiende al psicoanálisis como posibilitante de un acto clínico que habilite a una nueva posición, no solo al viejo, sino a quienes acompañamos, cualquiera sea nuestro lugar o nuestra función, asumiendo la responsabilidad de exigir políticas públicas que impliquen el respeto y la completa integración de las personas que están en esta etapa, una de las más largas de la vida. Cuando se construye sentido de vida se reivindica la condición del ser humano, porque le supone una posibilidad. Porque más allá de que no existen garantías posibles del lugar que ocupamos en el Otro, es importante mantener la mezcla pulsional que nos haga transitar la vida por la vía del rodeo y de la motilidad, rescatando el deseo como motor.

Por último, el presente ensayo ha sido escrito pensándolo como una propuesta para una escucha afectuosa atenta e implicada de la demanda de los viejos. Una demanda que como tal, es siempre demanda de amor y que no dejará de ser, en algún momento, nuestra propia voz demandando.

Para finalizar, interesa plantear algunas preguntas para continuar reflexionando ¿Qué lugar está dispuesta nuestra cultura a darle a quienes envejecen? ¿Qué nos dice ese lugar sobre la forma en que concebimos lo humano?

4. Referencias bibliográficas

Ley N.º 26.657 de 2010. Ley Nacional de Salud Mental. Boletín Oficial de la República Argentina.

Ley N.º 27360 de 2017. Convención Interamericana sobre Protección de los Derechos Humanos de las Personas Mayores. Boletín Oficial de la República Argentina.

Ley 14231 de 2023. Promoción y protección integral de las personas mayores. Boletín Oficial de la República Argentina.

Bleichmar, S. (2022). Las formas de la realidad. *Topía. Un sitio de psicoanálisis, sociedad y cultura.* Recuperado de

<https://www.topia.com.ar/articulos/las-formas-de-la-realidad>

Castoriadis, C. (1997). El imaginario social instituyente. *Zona Erógena.* Recuperado de <https://www.ubiobio.cl/miweb/webfile/media/267/Castoriadis%20Cornelius%20-%20El%20Imaginario%20Social%20Instituyente.pdf>

De Beauvoir, S. (2013). *La Vejez.* Bogotá, Colombia: Editorial Sudamericana S.A.

Federación de Psicólogos de la República Argentina. (2013). *Código de ética de la Federación de Psicólogos de la República Argentina.* Buenos Aires, Argentina: Autor.

Ferman, A. F. (2007). El Psicoanálisis con Adultos Mayores: subjetividad, relato y vejez. Recuperado de [El psicoanálisis con adultos mayores: subjetividad, relato y ...UPF | Universidade de Passo Fundohttps://seer.upf.br › rbceh › article › download](https://seer.upf.br › rbceh › article › download)

Freud, S. (2020/1905). Tres ensayos sobre teoría sexual. En *Obras completas. Tomo VII.* Buenos Aires, Amorrortu.

Freud, S. (2020/1913). Tótem y Tabú. En *Obras completas. Tomo XIII.* Buenos Aires, Amorrortu.

Freud, S. (2020/1930). El malestar en la cultura. En *Obras completas. Tomo XXI.* Buenos Aires, Amorrortu.

- García, S. (2021). Vejez, finitud y muerte. Una clínica posible de la angustia en el adulto mayor. *Revista de epistemología y ciencias humanas*. Recuperado de <https://www.revistaepistemologia.com.ar/wp-content/uploads/2021/06/www.revistaepistemologia.com.ar-02.-silvia-garcia-2021.pdf>
- Laszewicki, M. (2020). El imaginario social en la vejez. *El psicoanalítico. Laberintos, entrecruzamientos y magmas*. Recuperado de <http://www.psicoanalitico.com.ar/revista/2020/06/01/subjetividad-laszewicki-vejez-memoria-la-piel.php>
- Salvarezza, L. (1988). *Psicogeriatría. Teoría y clínica*. Buenos Aires, Argentina: Paidós,
- Ulloa, F. (1999) Sociedad y crueldad. *Seminario internacional: La escuela media hoy. Desafíos, debates, perspectivas*. Recuperado de <http://www.bnm.me.gov.ar/giga1/documentos/EL002016.pdf>
- Iacub, R. (2016, 30 de diciembre) *Con Clase Magistral - Erotismo y vejez por Ricardo Iacub* [Archivo de video] Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=mFEw8sh_SvE

-